



DISPENSARIOS Y CANNABIS MEDICINAL EN CALIFORNIA

FÓRMULA MAGISTRAL

Textos y fotos Celeste Orozco

FUNDADA AL CALOR DE LA FIEBRE DEL ORO, ESTA TIERRA DE CULTIVADORES NUNCA RENUNCIÓ A SU ESPÍRITU PIONERO. HACE CASI VEINTE AÑOS, LA MILITANCIA CANNÁBICA CONQUISTÓ EL DERECHO AL USO TERAPÉUTICO DE MARIHUANA Y HOY DEBATE LA LEGALIZACIÓN TOTAL. THC VISITÓ A LOS MARCARON EL CAMINO Y RECORRIÓ LOS MOSTRADORES DE UNA INDUSTRIA TAN MILLONARIA COMO CONTRADICTORIA. EN EL LEJANO OESTE ESTÁ EL AGITE

Richmond, California. Este sábado es la Copa Medicinal de la Revista High Times. Donnie se puso el traje, como siempre, con chaleco y todo. Se calzó sus anteojos redondos de marco negro y llamó para advertir que llegaríamos tarde. Deben ser las 9 y media de la mañana. A más tardar a las 11 tenemos que estar en lo de Dennis para salir en caravana hacia el evento, en un predio que allá por 1931 se inauguraba como planta de ensamblaje de Ford, en una de las puntas de tierra donde pega la rompiente del mar sobre la parte este de la Bahía de San Francisco. A 30 kilómetros de donde estamos ahora, entre hoy y mañana habrá una kermés enorme dedicada al porro.

En la puerta del Castro Castle, la casa de huéspedes de Dennis Peron en el barrio gay de San Francisco, Donnie saca dos sombreros del baúl de su viejo Mercedes y me pide asesoramiento. Adentro, la ansiedad es la misma. El clima es calado de la previa de cualquier copa en cualquier parte del mundo: una mezcla de alegre excitación atravesada por las paranoias clásicas que la guerra contra las drogas logró inocular en cada usuario de cannabis. Si bien en California la marihuana

medicinal es 100% legal desde que, en 1996, Peron redactó y ganó la Proposición 215, también conocida como Acta de Uso Compasivo, en esta sala hay más de uno, me incluyo, que no tenemos nada que nos avale como pacientes. Vale decir que, aun contando una de las últimas medidas del gobernador Arnold Schwarzenegger (que determina que la tenencia de una onza equivale a pagar una multa similar a un ticket de tránsito), técnicamente no estamos habilitados a tener porro, ni a fumar durante el evento.

Pero todavía estamos en la cocina y alrededor de la mesa circula un porro de flores que trajeron del Triángulo Esmeralda. Cada tanto alguien se acerca a preguntar si Dennis ya está listo y, como Dennis no aparece, se va a tomar sol sobre un mini puente Golden Gate que une el balcón terraza con el descanso donde crecen las plantas de churro. Somos ocho y un perro en la comitiva de Peron, el primer proveedor oficial de porro que tuvieron los pacientes de California, el que abrió el primer esbozo de un dispensario, que antes de la 215 fue el supermercado cannábico Big Top, luego un restaurante hippie llamado The Island y, después de la ley, el San Francis-

co Cannabis Buyers Club, un local sobre la avenida principal bastante parecido a los miles que hay ahora. "Dennis nunca anda solo", me había dicho su hermano días antes en esta misma cocina. "lo importante es siempre tener testigos". Eso lo tienen claro después de 30 años de persecuciones policiales, estatales, federales.

Peron no representa solamente el modelo de la marihuana medicinal en California, que desde ahí se replicó en otros 18 estados norteamericanos hasta hoy. Este hijo de clase media trabajadora y raíces italianas, nacido en el Bronx (el barrio negro de Nueva York), blanco hasta el pelo, encarnó el sentimiento hippie cuando San Francisco realmente se sentía como el centro del Universo. "Libertad era el concepto operativo", dice en sus memorias sobre aquel Verano del Amor que, técnicamente, sucedió un otoño. Aunque la policía se empezaba a poner nerviosa, la gente se pasaba los porros de auto a auto, bailaba por la calle y el ánimo daba para probar lo que sea. Desde un extremo al otro del país, Dennis había llegado de camino hacia Saigón, adonde tenía que ir a combatir en nombre del Ejército estadounidense. Los pibes como él que iban a Vietnam, partían des-

de la Costa Oeste. Durante la guerra, se negó a disparar un solo tiro. De regreso a la tierra prometida, el flash había terminado, pero él seguía siendo el mismo. Apenas unos días en el paraíso pueden hacer que pases el resto de tu vida tratando de volver ahí.

Poco a poco se fue haciendo una figura pública, algunos lo llamaron San Dennis de San Francisco. Para los conservadores, era un puto dealer de porro, la escoria de la ciudad: “drug-dealing faggot scum”. En su espíritu libertario, Peron hasta llegó a ser candidato a senador por California con la propuesta de abrir las fronteras con México. Fue amigo de Harvey Milk, el primer gay que consiguió un cargo público en Estados Unidos, con el que tenía planes de hacer avanzar las regulaciones sobre la marihuana (si vieron la película *Milk*, de Gus Van Sant, ahí aparece Dennis, con campera de jean y el pelo largo).

Ese Dennis hoy tiene 68 años y ropa de entrecasa, sufrió un ACV hace pocos meses y se lo ve algo cansado. Durante lo que dure su paso por la Copa, saludará gentilmente a todo aquel que se le acerque, recorrerá cada uno de los stands, aceptará todo lo que le regalen, probará casi todo el porro que le ofrezcan, recibirá un premio a la trayectoria y posará cada vez que su fotógrafo personal, hombre de larga data en el movimiento que alguna vez trabajó para High Times, se lo pida. Cuando éste saque la última foto grupal, en vez de “whisky”, pedirá que gritemos: “Peron Vive”.

RECETAS DE LA ABUELA

Mary Jane Rathbun, una típica abuela americana de pelo gris, cortito, enlulado, y anteojos culo de botella, tiene un dije con forma de chala colgando del cuello y un montón de prendedores enganchados en su chalequito rojo. “Yo estoy haciendo algo sobre el sida. Por favor, Dios, protégenos de tus seguidores”, se llega a leer en una grabación VHS de los años 80, 10 años después de que esta señora, voluntaria del Hospital General de San Francisco, empezara a cocinar y repartir brownies de marihuana a pacientes con cáncer o VIH en plena epidemia del virus, para contrarrestar los efectos de la enfermedad y de los tratamientos convencionales para supuestamente combatirla (náuseas, pérdida del apetito, debilitamiento, depresión, malestar general). Por esto, fue arrestada tres veces. La primera, en 1981, los medios la bautizaron “Brownie Mary”. Para ese momento ya conocía a Dennis Peron y horneaba 130 docenas de brownies mágicos por mes, pero durante todos los años previos había trabajado por el movimiento de manera anónima, igual que lo había hecho cuando protestó contra la Guerra de Vietnam y pidió por la legalización del aborto.

El primer encuentro con Peron fue en un café del Castro, donde Mary trabajaba como camarera, en 1974. Vio que Dennis estaba fumando y le pidió una seca. Ella tenía su receta para los dolores en las rodillas que le provocaba su artritis: medio brownie a la mañana y medio a la tarde, pero ese día necesitaba un poquito más. Una ronda y fueron inseparables. El segundo arresto de la abuela Mary Jane sucedió en la calle, en 1982, cuando el mismo oficial de narcóticos que se había ensañado con ella el año anterior, un tal Stephen Bossard, la detuvo, la revisó y encontró que cargaba cuatro docenas de brownies de porro en su bolsa para hacer las compras: se los llevaba

a un amigo con cáncer para aliviar los efectos de la quimio. La pena era siempre la misma: horas de trabajo comunitario que Mary cómodamente superaba. Meses más tarde, el agente Bossard fue arrestado por dispararse a sí mismo en una pierna. Cuando sus propios compañeros llegaron hasta él, los recibió agitando la pistola, desnudo y ebrio. El bochornoso episodio salió en el diario, como anteriormente había salido la detención de Brownie Mary. De eso, Peron hizo una campaña. Armó un póster de ambos artículos con una pregunta de muy obvia respuesta: “Una de estas personas es una amenaza contra su seguridad. ¿Cuál de las dos?”.

Su condición de señora mayor y su personalidad amorosa hicieron de Brownie Mary una pieza fundamental para obtener las regulaciones medicinales en California durante los 90. “Es muy difícil odiar a una viejita”, reflexionaba ella en las entrevistas, “ellos tratan de ver la película *Reefer Madness*, pero todo lo que ven es a su pobre abuela”. Con Brownie Mary como caso testigo, Peron organizó y ganó la Propuesta P en 1991, con el 79% de los votos: un avance chiquito, una simple resolución que declaraba que la ciudad de San Francisco apoyaba la marihuana medicinal. Cin-



En 1996 abrió el San Francisco Cannabis Cultivators Club. Había un piso para las índicas y otro para las sativas, ambos ambientes con sillones y música. Una vez por semana, había masajes gratis, comida gratis y bolsitas de porro gratis.

co años más tarde, en el 96, con más del 55% lograron sancionar la Prop 215 para todo el estado y añadir dos puntos al Código de Salud y Seguridad de California: 1. Los pacientes o sus cuidadores que posean o cultiven marihuana, si tienen la recomendación de un médico, quedan eximidos de las leyes penales. 2. Los médicos que recomienden el uso de la marihuana para el tratamiento médico no serán castigados, ni negados de cualquier derecho o privilegio.

DISPENSARIOS O MUERTE

Entre los 70 y 1996 hay mucho tiempo de distancia. Claro que Peron no esperó a la 215 para comenzar a proveer marihuana a los necesitados de la ciudad. A poco de conocer a Brownie Mary inauguraron el Big Top, un supermercado cannábico en el centro de la vibrante comunidad gay de San Francisco. El negocio era un éxito rotundo. Pero les cayó la policía por 12º vez cuando tenían un millón de dólares en billetes de 20 guardados en el placard. Fue en 1978. Cuando les tiraron la puerta abajo, Peron creyó que eran ladrones. Y cuando estaba a punto de lanzarles una botella desde la escalera, sonó un disparo que le impactó en el muslo. Dice Peron que supo que lo querían matar cuando una segunda bala le pasó muy cerca de la cabeza. Durante el juicio, el policía que le disparó se justificó diciendo que la muerte de Peron hubiera significado “un puto menos en San Francisco”. Dennis afrontó en la

cárcel los cargos por llevar adelante el Big Top y también el restaurante pot-friendly The Island, que a la vez funcionaba como centro de operaciones para el movimiento gay que no paraba de crecer. Mientras estaba preso, un concejal anti-putos le disparó cinco tiros a su amigo Milk en una oficina del Ayuntamiento.

Hubo que esperar hasta 1992 para que el San Francisco Cannabis Buyers Club abriera sus puertas, al calor de la Propuesta P. El nuevo local de Peron y sus coequipers fue cambiando de nombre y de locación a medida que la Justicia se iba entrometiendo en sus planes. Lo cerraron en 1995, pero lo volvieron a abrir en el 96, ya con la 215 aprobada, lo bautizaron San Francisco Cannabis Cultivators Club. “Mi delito de cinco pisos”, lo llamaba Peron, “si nos reventaban ¿qué teníamos? Cinco mil pacientes de sida o cáncer pasando el invierno de sus vidas. Muchos, sin nada que perder. Ninguno de nosotros iba a claudicar fácilmente”. El Club llegó a tener 15 mil miembros entre enfermos, viejitos, desclasados y Hells Angels, esos motoqueros que aterrorizaban el sueño americano. En la planta baja se recibían y chequeaban los permisos medicinales. En el 1º piso, se pesaban y embalaban las flores. El 2º era el piso de las índicas y el 3º el de las sativas, ambos con amplios ambientes de acceso público, con alfombras persas, sillones, música y símbolos de la paz que colgaban del techo. Una vez por semana, había masajes gratis, comida gratis y bolsitas de porro gratis. Todo el resto de los días, el precio rondaba entre los 20 y 30 dólares por ocho gramos, dependiendo si eran de México o de California. También vendían tortitas, tinturas, hojas para cocinar, bálsamos y esquejes. En el 5º piso, cerrado al público, vivían algunos de los miembros del Club para garantizar seguridad las 24 horas.

“El Club fue muchas cosas para mucha gente”, escribió Craig Canada, paciente desde 1995, en una crónica de aquellos años: “Era un centro social para los enfermos y los pobres que habían pasado demasiado tiempo en cuartos baratos de hoteles terribles. Era fuente de datos para médicos, enfermeras e investigadores. Era una acción política gigante. Un lugar de curación: a diario podías ser testigo de un milagro, cuando los que no podían caminar bailaban y cantaban aliviados, cuando los temblores cesaban en minutos. Un lugar donde los rotos se arreglaban y los desesperanzados encontraban inspiración. Era una familia, una red para organizarse y actuar”.

Dice Canada que cuando el San Francisco Cannabis Cultivators Club sufrió la última redada, todos en la ciudad conocían a alguien que había pasado por ahí.

A LO GRANDE

Paralelamente, cruzadas similares avanzaban en otros puntos del mapa de los Estados Unidos. Steve DeAngelo, nacido en Philadelphia pero criado en Washington DC, la capital de Estados Unidos, el centro mismo de la Guerra contra las Drogas, desde muy joven, a sus dulces 16, se acercó a los Yippies (versión urbana de los hippies, con foco en Nueva York) y comenzó a organizar las fumatas del 4 de Julio, los *Smoke-Ins* frente a la Casa Blanca. Para 1987 inauguró formalmente su activismo con la legendaria Nuthouse: una casa que pronto se convertiría en centro espiritual para la contracultura. El equivalente a la comunidad de los Family Dog—que en San Francisco habían

DENNIS PERON, ACTIVISTA Y REDACTOR DE LA PRIMERA LEGISLACIÓN MEDICINAL DE ESTADOS UNIDOS

“ESTA GUERRA ESTÁ POR TERMINAR, YA MURIÓ DEMASIADA GENTE”

La lucha iniciada por Dennis Peron cambió para siempre no sólo las leyes que rigen sobre el cannabis en el estado de California, sino que hizo posible que se expandiera una mirada tolerante y compasiva sobre los usuarios que, para él, siempre son medicinales. Dennis nos recibe en la habitación más apartada de su casa para huéspedes (“un hogar de inadaptados”, lo describirá con ternura). Sin apuro nos pide que le arrememos un porro porque a él le duelen un poco los dedos. Vamos a fumar y a mirar *Futurama*, para él “la mejor serie de los Estados Unidos”. Los visitantes le confesamos que nos gustan más *Los Simpsons*: “Eso es porque no son estadounidenses. *Futurama* nos describe tal cual somos”.

De tu vida de amor y militancia, si tuvieras que elegir un recuerdo, ¿cuál es? Vietnam. Yo tenía 20 años. Me dieron un arma. “No voy a disparar”, les dije. Me preguntaron por qué: “Tengo miedo de tenerla, no sé cómo usarla, ¿para qué tengo que usarla?”. “En contra de los vietnamitas”, me respondieron. “No quiero disparar contra los vietnamitas, me caen bien, los voy a dejar ir”. Entonces me pusieron a trabajar en la morgue. Ellos me cambiaron la vida. Yo salí del clóset en esa morgue. Había un hombre que se veía tan vivo, como si durmiera. Lo tomé en mi brazos, lo abracé y me di cuenta de que era gay. Me enfrenté a eso por primera vez en mi vida. Y también me di cuenta de que odiaba la guerra, que quería trabajar para la paz. Sin embargo, toda mi vida fue una guerra. Vietnam, la Guerra contra las Drogas. Guerra, guerra, guerra.

¿Cómo percibís el estado de cosas en este momento? Siento que la guerra está terminando. Ya murió demasiada gente.

Entonces tenés esperanza. Sí, tengo. Va a terminar.

Cuando empezaste con la movida de los clubes medicinales, ¿era difícil conseguir la marihuana?

Sí, pero hacía todo lo posible por obtenerla. Tenía que conseguir 5 kilos por día, de cualquier parte. México, outdoor... Los policías estaban en todos lados, tratando de atraparme. Pero llevé adelante



el Club durante 6 años, cada día era el horror. Eso me hizo más fuerte.

Te enfrentaste con los que impulsaron la Prop 19 para legalizar el uso recreativo. ¿Por qué no estás de acuerdo?

Ni siquiera ellos saben a qué se refieren cuando hablan de marihuana recreativa. Hay gente que sólo quiere hacer negocios. La marihuana medicinal es mejor. Puede curar el cáncer, salvar vidas, eso es lo más importante.

Hay personas que no están enfermas y usan marihuana. ¿No te parece que tienen el mismo derecho a obtenerla? Puede ser que haya gente que sólo quiera usar la marihuana en forma recrea-

tiva, pero si rascas la superficie te das cuenta de que el fin es medicinal. Llámalo como quieras pero, en el fondo, te gusta porque te hace sentir mejor. Hay que ser real con uno mismo.

¿Cuánto ayudaron las marchas (la Marcha Mundial de la Marihuana, por ejemplo) para que pudieran conseguir el permiso medicinal?

Tenemos el estigma de que la marihuana es cosa de hippies. Y yo soy el Rey de los Hippies, pero siempre quise liberarme de ese estigma. Poniéndome en relación con médicos, enfermeros y gente enferma, acuñé el término ‘marihuana medicinal’ y cambié la figura de esos radicales de pelo largo por otra más gentil, la de la gente amoro-

sa que realmente somos. Los hippies tienen su agenda y eso intimida mucho, porque es una agenda que niega lo material, algo muy fuerte para la cultura estadounidense. En las marchas eran las caras de la marihuana y eso no ayudaba demasiado. Yo no me siento cómodo con lo que representa ser estadounidense, pero tuve que esconder de mí mismo el hippie que realmente soy. Muchos pensaron que los traicioné, pero no lo hice. Es algo difícil de hacer, separarte de tu gente, pero fue una estrategia y triunfamos. Y nunca renuncié. Y no hay nada que discutir cuando hay éxito. Hice lo que nadie hizo y lo hice desde el corazón, y desde mi cerebro también. Somos mejores personas por eso.

inventado el Verano del Amor—, pero en el lado Este. El Nuthouse era un hotelito y, a la vez, centro de reunión de todo tipo de disidentes, militantes, músicos y librepensadores.

Por supuesto que allí se fumaba mucha marihuana y, en eso, DeAngelo conoció a Jack Herer y le dio una mano para publicar su biblia del hemp *El Emperador está desnudo*. También editó *Hempilation* junto a la revista High Times, un disco doble con música del palo que recaudó varios miles de dólares para NORML, la Organización Nacional para la Reforma de las Leyes de Marihuana fundada por Keith Stroup. Para 1998, en consonancia con el triunfo de la Prop 215 en California, impulsó la Iniciativa 59 sobre marihuana medicinal para el estado de Columbia, donde queda Washington DC, que ganó con el 69% de los votos. A pesar del abrumador margen de victoria, el Congreso Nacional, que tiene el control último sobre la ciudad capital, bloqueó su implementación. Steve, desencantado, se fue para California y en Oakland, en 2006, abrió el Harborside Health Center, hoy el dispensario de marihuana medicinal más grande del mundo.

Si quieren saber cómo es el Harborside por dentro no tienen más que abrir YouTube y buscar *Weed Wars*, un reality de cuatro capítulos que en 2011 produjo Discovery Channel, protagonizado por Steve, su hermano Andrew DeAngelo (el gerente general) y los empleados del local. La trama, 100 por ciento verdad, retrata la cotidianidad del negocio con especial énfasis en los avatares de esta gran familia por no perder la licencia: la ciudad pretende hacerles pagar de una, en marzo, los impuestos de todo el año. Nada menos que un millón de dólares en efectivo, un billete arriba del otro. Los permisos son reales, pero eso no significa que el gobierno federal no arme sus estrategias con el objetivo de cerrar la mayor cantidad de dispensarios posible, a veces presionando a los estados, como parece ser el caso.

Para poder entrar al Harborside tengo que pedir una entrevista con Steve DeAngelo, me dicen gentilmente las personas que cuidan la puerta. Con la excepción de quienes se acercan por razones periodísticas, el acceso sólo está permitido para las personas que tengan su credencial de paciente medicinal autorizada por un médico. En todo California hay miles de profesionales dispuestos a firmar una orden que garantice que tu padecer (desde simples dolores de espalda o migrañas esporádicas hasta cuadros de cáncer avanzados) puede ser tratado con cannabis. Incluso hay miles de centros donde tramitar tu tarjeta, algunos más serios que otros. Podrían dividirse en dos tipos, los históricos, como el reconocido Compassionate Health Options que dirige la Dra. Hanya Barth, donde preguntan profundamente y conservan todos tus antecedentes médicos. Y los nuevos, que cobran 25 dólares la renovación y publicitan en los diarios gratuitos que se distribuyen en los hostels. El permiso es sólo para residentes de California.

Una vez que se obtiene la tarjeta, el segundo paso es hacerse socio de un dispensario o de varios, no hay restricción de cantidad. Y casi todo el mundo es socio del Harborside, que cuenta con 90 mil miembros. Ahí van a buscar el mejor faso californiano de la variedad que se desee, además del más amplio espectro de aceites, concentrados, tópicos, comestibles, semillas y esquesjes. Se puede conseguir hasta un Bhang Lassi (una bebida hindú) de mango, alto en CBD, y todo



VARIETALES. Cogollos de Midnight Kush en el dispensario Patient Care Collective [1], donde pueden conseguirse variedades estabilizadas y claramente clasificadas según sus porcentajes de THC y CBD además de su efecto [2]. En el mostrador del Berkeley Patients Group puede comprarse hash de distintas variedades extraído en seco y con agua [3] y aceite extraído con dióxido de carbono [4].



tiene un packaging de colección. Las flores en coquetos frasquitos de vidrio, los porros en envases cilíndricos de colores. Harborside también es el más caro. Mientras que en un dispensario de media gama se paga un promedio de 50 dólares por 8 gramos de flores, en el Harborside los precios arrancan desde 13 dólares el gramo. Aun así, un 20 de abril (para la festividad cannábica del 420) el local puede atender a 1200 pacientes sólo durante la mañana.

A su vez, como los dispensarios en California tienen la obligación de devolver a la comunidad los excedentes de sus ingresos, los pacientes tienen acceso a clases de yoga, masajes y terapias corporales gratuitas. El Harborside tiene su cronograma de turnos ocupado los 365 días del año y hay lista de espera.

“Yo quería abrir un centro de salud que demostrara que el cannabis puede ser distribuido sin que genere daños, sino todo lo contrario. Que podía ser presentado de un modo profesional, con responsabilidad y respeto por los pacientes”, describe Steve en su oficina con vista a la autopista. Llegar al Harborside en transporte público no es cosa fácil: el colectivo que te deja más cerca tiene

su parada a 10 cuadras en una zona un poco solitaria y nadie te aconseja caminar solo por ahí. Así es Oakland, tiene mala fama. Hace 10 años, la prensa hablaba de la ciudad como un lugar completamente disfuncional y lleno de violencia. “Yo no sé cómo era antes”, dice Steve, “pero lo que sí puedo decir es que desde que el cannabis llegó a Oakland, esta ciudad vivió un renacimiento tremendo. Las propiedades están subiendo, están abriendo nuevos restaurantes, nuevas salas de conciertos, nuevos emprendimientos. Y el crimen está disminuyendo”. De repente, Oakland llegó al top 5 del diario New York Times como una de las ciudades de Estados Unidos más excitantes para vivir. “No puedo decir que eso está directamente relacionado con el cannabis”, reconoce DeAngelo, “pero lo que puedo asegurar es que ambas cosas pasaron en el mismo periodo de tiempo. Así que una cosa tenemos por segura: el cannabis no es inconsistente con el crecimiento de una ciudad. Oakland es el mejor ejemplo de eso”.

LAS PYMES DEL CHURRO

Dispensarios hay pocos del tamaño de Harborside, pero los hay miles más o menos grandes, me-

STEVE DEANGELO, DUEÑO DEL DISPENSARIO MÁS GRANDE DEL PLANETA

“QUIEN USA CANNABIS LO HACE POR SU BIENESTAR”

La primera pregunta de esta entrevista nos la hace el propio DeAngelo: “¿Quiénes apoyan en Argentina una publicación sobre marihuana?”. Le explicamos que el principal soporte son los lectores y que, en un contexto donde todavía se discute si un usuario de marihuana debe o no ir preso, hay pocas instituciones y empresas que vean el mundo del cannabis como un universo habitado por “gente normal”. Luego de nuestra explicación, que DeAngelo escucha con atención, se hace un silencio. “Eso va a cambiar. No puede faltar mucho”, nos asegura.

¿Cuánto tiempo hace falta?

En el mejor escenario, 5 años; en el peor, 15. Lo que suceda en Estados Unidos va a influir notablemente en lo que pase en el mundo. Además, Uruguay es uno de los lugares más progresistas en cuanto al cannabis y ustedes son vecinos. Así que lo que va a pasar, ya está pasando. Suele demorar mucho construir hasta llegar al punto de inflexión pero una vez que estás ahí y las cosas hacen ese último click, lo demás sucede muy rápido.

¿Cómo imaginás el devenir del proceso en Estados Unidos?

Creo que los estados van a seguir legalizando de uno u otro modo y que va a llegar un momento en que seremos más de la mitad del país. En ese punto, todo va a

depender de lo que pase a nivel político. Podremos exigir un cambio a nivel federal y si tenemos suerte los partidos nacionales van a reconocer que este asunto tiene que ser tratado. Si la nueva administración en Washington es demócrata, seguramente lo considere. Si nuestro próximo gobierno es republicano, todo dependerá de qué facción de la derecha sea, tienen un ala corporativa que es completamente liberal. Esta gente, como un tema de filosofía, se opone a la leyes que interfieren con las libertades individuales, ellos creen que el gobierno debe intervenir lo menos posible, ni siquiera en la actividad económica. Esa parte de la derecha está abrazando la reforma del cannabis. Seguramente acepten cualquier cosa que les garantice hacer plata.

Además, el porcentaje de estadounidenses que apoyan una reforma ya superó el 50%.

Y cada año sube en un 4%, por lo menos. Yo creo que es una cuestión demográfica también, los que más nos apoyan son los jóvenes y los que menos nos apoyan son los viejos. Cuando esa gente mayor vaya muriendo y los jóvenes entren en edad política, vamos a estar en condiciones de ganar. No hay forma de volver atrás. No hay dudas de cómo va a terminar. Será una gran victoria para nuestro lado. La única pre-

gunta es cuánta gente más tiene que sufrir hasta que eso pase.

En tu artículo *Bienestar, no Intoxicación* hacés una crítica al concepto de uso recreativo, ¿por qué no hablar de placer cuando se habla de cannabis?

No creo que sea la palabra correcta. Tenemos que tener mucho cuidado con la palabras que usamos porque no queremos que la gente nos malinterprete. Cuando decimos “cannabis recreativo” la gente que no usa cannabis y que posiblemente le teme, interpreta que lo estamos equiparando a cualquier otra cosa que se hace en forma recreativa. La idea de que sus hijos en vez de leer un libro vayan a sentarse en el sillón a fumar porro no cierra demasiado. Pero ésa no es la manera en la que usamos el cannabis realmente, en todo caso lo usamos para que otras actividades sean mejores. Yo lo que digo es que todas las personas que usan cannabis lo hacen con un propósito de bienestar, no para intoxicarse. Bienestar es un concepto muy grande que puede incluir cáncer, epilepsia, insomnio o ansiedad, pero también que la comida te guste más o ayudarte a que disfrutes más del sexo o a estar con tus hijos. Por eso sostengo la teoría del bienestar. Quisiera que la gente del movimiento no hable de uso recreativo sino de bienestar. No de estar drogado, sino de estar bien.



Tu dispensario Harborside tiene muchos problemas con los federales. ¿Por qué pensás que Melinda Haag (la fiscal federal en California) está tan enojada con la marihuana?

Es algo realmente absurdo cuando pensás en los verdaderos problemas de crimen que hay en la ciudad, en los laboratorios de metanfetamina y el tráfico de personas, en la violencia con armas. Quizás tenga miedo de meterse con los verdaderos criminales. Un cultivador no te va a disparar, ni siquiera se va a tratar de escapar. A mí es muy fácil encontrarme. Yo estoy acá si me quieren venir a buscar, lo sabe todo el mundo. Pero saben que si me detienen y me llevan a juicio, lo van a perder, por eso utilizan otras vías como pedirle a los bancos que nos cierren las cuentas o al dueño del local que deje de alquilarnos. Quizás no tiene el coraje suficiente. Quizás piensa que de este modo tendrá un rédito político. Sea cual sea la manera en que lo está pensando, está muy equivocada.

dianos y pequeños en todo California. Berkeley, famosa por su universidad, es otra de las zonas de la bahía donde, durante los últimos 15 años, la industria explotó especialmente. “Yo tengo abierto hace 12 y no quiero ser más grande. Mientras tengas el perfil bajo, no pasa nada. Claro, yo no salgo en la tele”, me dice Erik, que maneja el PCC, o Berkeley Patients Care Collective, un localcito de cortinas blancas en una zona repleta de cafés y restaurantes, el centrillo donde se mueve la comunidad universitaria. Es un solo ambiente dividido en dos: una parte para la recepción y atrás el mostrador propiamente dicho, como indican las regulaciones. Esperando para hacer sus compras hay personas muy distintas entre sí. Los empleados, casi todos universitarios, conocen bastante bien a cada uno. Acá, la mejor flor es la Midnight, una índica cruza de Hash Plant y Blueberry de efectos psicodélicos potentes, especial para el insomnio. Berkeley también es testigo de uno de los casos emblemáticos que demuestran cómo el gobierno federal se puede inmiscuir en los planes estatales: el BPG, o Berkeley Patients Group. Hace pocos meses estrenaron su nuevo negocio con estacionamiento propio, sala de espera con

amplios sillones y un mostrador bastante grande y nutrido de flores, hachís y concentrados. La mudanza sería un festejo si no hubiera sido a causa de que la fiscal federal en California, Melinda Haag, amenazó a los propietarios de la anterior sede del BPG con quitarles el local si no dejaban de alquilárselo al dispensario. “No estábamos en una zona muy linda y el BPG ayudó al barrio en ese sentido, teníamos seguridad 24 horas y circulación de gente todo el tiempo”, cuenta Gina, una auténtica chicana, encargada del local, “yo creo que lo que les molesta realmente es que estemos haciendo plata. Que pongamos carteles enormes que dicen: Acá podés comprar faso”. En el BPG podés encontrar hasta porro vegano. La All Star Vegan Grape Ape es una flor cultivada sin ningún aditivo, completamente natural: sin químicos, ni ningún producto de origen animal. “En el mostrador ya se huele una frescura que no se compara con otras opciones. Al fumarla es súper gustosa, se quema suave y mantiene el sabor hasta el final. Me encanta haber encontrado una variedad que me calma la ansiedad sin tirarme a dormir”, dice sobre la Vegan una de las reseñas de los usuarios del BPG.

En todos los dispensarios, cada porro, cogollo o concentrado, se presenta con sus porcentajes de cannabinoides detallados y una descripción de los efectos para que cada paciente se decida por la variedad que mejor le resulte para su condición. Todo depende de la combinación de cannabinoides presentes en cada cruza. Las variedades altas en CBD, casi sin propiedades psicoactivas, son las que cubren el más amplio espectro de usos medicinales. Alivian el dolor, matan o ralentizan el desarrollo de bacterias, reducen el azúcar en sangre, las náuseas, los vómitos, las convulsiones, la inflamación, el riesgo isquémico; inhiben el crecimiento de las células cancerosas y los espasmos musculares (son útiles para tratar la epilepsia, incluso en niños); alivian la ansiedad, ayudan al crecimiento de los huesos, modulan las funciones del sistema inmunológico y previenen el deterioro del sistema nervioso. Cualquier variedad alta en THC se recomienda para aliviar el dolor, es antiemética, antiespasmódica y estimulante del apetito. Un cogollo alto en CBN ayuda a combatir el insomnio, el CBG es antibacterial, el CBCa antimicótico y el THCV, inhibidor del apetito y por eso indicado para casos de sobrepeso.



PUJANTE. Si bien gran parte del cannabis que abastece a los dispensarios lo cultivan productores independientes, los locales tienen sus propios indoors [1]. Los usuarios coparon las llamadas farmacias y hasta pueden retirar dinero antes de pasar al mostrador [2]. La corporación médica tiene su nicho: ofrece carnets para usuarios medicinales por un puñado de dólares.



SÓLO EN CALIFORNIA

Es innegable que en materia de marihuana medicinal California tiene la mejor regulación del mundo. Y esto es verdad porque la Prop 215 no es demasiado específica. Mientras tengas tu credencial y la renueves todos los años no importa la cantidad que cultives, tengas o consumas. Es una ley que se funda en lo razonable: no toda la gente necesita la misma cantidad de porro. Eso es único en el país. “Yo tengo un caso ahora en Michigan”, cuenta el periodista Chris Conrad, experto en cannabis medicinal, histórico activista de la marihuana y testigo calificado en los juicios por cannabis, “15 onzas, cinco pacientes, le corresponderían tres onzas a cada uno. Pero cuando llegó la policía no se había secado del todo entonces había un poco más. En California, en un caso así, no te metés en problemas de ninguna manera, al menos en la mayor parte del estado. Dirían: bueno, son cinco personas, no es tanta cantidad. En Michigan es más de lo permitido”. Y sigue: “El problema con las legislaciones que establecen cantidades es que no hay posibilidad de defensa. En California he tenido casos de más de 100 plantas y aun así podés no ser condenado”.

Como para ponerle el moño al asunto de la marihuana en California, Conrad y muchos otros—Richard Lee principalmente, el fundador de Oaksterdam, la universidad del porro—impulsaron la Propuesta 19 que, de triunfar, hubiera significado la legalización total del cannabis en ese estado. “El gran problema que yo veo con el permiso medicinal es que todavía hay gente que no tiene acceso”, analiza Conrad. A todos aquellos que fuman sin ningún motivo de salud, simplemente porque les gusta, con la regulación actual parecería que el estado les está diciendo que no hay nada mejor que estar enfermos. Al contrario, la Prop 19 proponía brindarle el acceso legal al cannabis a cualquier adulto, como en Colorado y en Washington. Pero perdieron

y, no en poca medida, por la falta de apoyo de los usuarios de cannabis contenidos por la regulación medicinal y quienes han encontrado en ella un negocio millonario.

Sin embargo, algunos de los defensores del modelo medicinal, Peron entre ellos, se opusieron a la legalización total por defender a rajatabla el concepto de que todo uso del cannabis es terapéutico. Dentro de la Coalición por la Reforma del Cannabis (Coalition for Cannabis Po-



California tiene la mejor regulación del mundo para cannabis medicinal. La legislación evita ser demasiado específica y se funda en un principio razonable: no toda la gente necesita la misma cantidad de porro.

licy Reform), formada por quienes impulsaron la Prop 19 y que ya están escribiendo un nuevo proyecto para presentar entre el 2014 y el 2016, creen que perdieron porque redactaron un texto difícil. Conrad lo explica así: “En San Francisco, por ejemplo, es legal tener un perro. En donde vive mi cuñada, también en California, se pueden tener hasta 4 perros. Está regulado. Lo que propusimos para la marihuana era algo parecido. No con respecto a la cantidad que podés tener sino a la cantidad de locales de expendio de marihuana recreativa legal. Cada condado tenía que decidir cómo implementarlo. Era un trato bastante bueno”. Pero para la gente, dice, esto no tenía sentido. Preferían una legislación igual para todo el estado. Muchos creen que las cosas están bien como están.

TREINTA MEXICANOS POR DÍA

El living del Castro Castle está decorado con los recuerdos de Peron: los afiches de su candidatura a senador de junio del 98, las miles de placas que le fueron dando, una foto suya con Harvey Milk, abrazados y sonrientes; prendedores de Brownie Mary, panfletos y la siguiente frase: “La vida nos lleva a lugares inesperados. El amor siempre nos trae de vuelta a casa”. Entre todo eso, lo esperamos hace 40 minutos. Nadie en la casa sabe dónde está hasta que aparecen John Entwistle y su perro. Nos conocemos de la Copa. Él es su compañero desde hace 28 años, su confidente político. Firman juntos el libro de memorias titulado: *Dennis Peron. Cómo un gay, hippie, fuera de la ley legalizó la marihuana en respuesta a la crisis del SIDA*. “Debe haber ido a comprar algo”, nos dice John, para luego entretenernos charlando sobre el caso Snowden, ese pibe que trabajaba para la CIA, denunció crímenes de espionaje y ahora mismo está refugiado. Pero claro, terminamos hablando de churro.

John compara la legalización de la marihuana recreativa con la abolición de la esclavitud: “Los negros eran libres, sí, pero no tenían nada. No les dieron las tierras. Si yo voy manejando por Seattle haciendo mi vida normal, que incluye fumar, puedo perder mi licencia”. No quieren eso para California y el modelo medicinal no tiene restricciones de este tipo, como si las tienen las flamantes legalizaciones en Colorado y Washington. Por otra parte, el mercado ya está inundado y si sigue creciendo ninguno va a poder seguir haciendo la plata que está haciendo ahora. Van a ser cada vez menos los que puedan vivir legalmente de la marihuana. Según afirman, el mercado negro no se va a solucionar. “Para fumar la californiana matamos a 30 mexicanos por día. Antes eran más”, tira en medio de la conversación. Al ratito, dice que va a sacar al perro, que ya parece demasiado inquieto, cuando uno de los huéspedes atraviesa la cocina y nos vuelve a ver: “¿Ya pudieron ver a Dennis? Está abajo, arreglando el jardín”. ✱